

ALGUNOS PROBLEMAS DE LA EDUCACION SUPERIOR EN MEXICO*

ANTONIO GAGO HUGUET**

Introducción

Debo reconocer que al aceptar la invitación para intervenir en esta mesa redonda lo hice creyendo que sería un asunto fácil de resolver, dado que el tema que me propusieron era el de los problemas de la educación superior. Mientras me daban los detalles del Encuentro pasaban por mi mente decenas de asuntos, conflictos y situaciones que podrían ser abordados en tal ocasión. Contar con esos supuestos hilos conductores del trabajo por presentar, y tener la certeza de poder plantear a los asistentes, sin mayor esfuerzo, algo que les animara a sostener una buena discusión me llevaron, una vez más, a romper mi propósito de no participar en congresos o actividades semejantes, a menos que ello implique la posibilidad de anexarle un interesante programa turístico. Así las cosas, ustedes han de hacerse cargo de mi decepción al no haber llegado más allá de Tlalpan, sobre todo después de haber trabajado mucho más de lo planeado, pues la supuesta tarea fácil no resultó serlo en medida alguna.

La primera complicación que tuve fue salir de una duda: ¿Por qué incluyeron este tema en la agenda del Encuentro? ¿De veras querrán los orientadores enterarse de los problemas de la educación superior? Era tan ingenuo suponer que no conocen ustedes esos problemas que empecé a sospechar muchas cosas y a imaginar que todo era una maniobra de los organizadores para disponer, mientras leo mi trabajo, de media hora para ir a tomar café. Otra opción sería que ustedes querrían ver si han aparecido nuevos problemas, con lo cual habría que concluir que no les basta con los ya conocidos, y no resueltos, desde hace mucho tiempo. Cualquiera que haya sido la razón de esa inclusión, espero conocerla hoy y así veré si tuvo algún sentido para ustedes el contenido de las páginas siguientes. En ellas intento hacer una síntesis de los aspectos de la educación superior que en mi opinión se vinculan más al quehacer de quienes se dedican a la orientación educativa, lo cual implica que no necesariamente seleccioné los asuntos más urgentes o más importantes de este subsistema de la educación en México.

En la primera parte se presentan algunas consideraciones respecto de las dificultades que se tienen no sólo para exponer las situaciones de la educación superior en los términos apropiados y con las cifras actualizadas, si ese fuera el caso, sino para definir si tales situaciones son efectivamente problemáticas. Al parecer tenemos el problema de no saber cuáles son realmente nuestros problemas.

En la segunda sección se abordan los asuntos de la educación superior que tienen que ver con su crecimiento y las anomalías y contradicciones con que éste se sigue produciendo. Las cifras de 1984, últimas hasta el momento, muestran que muy poco han variado algunas situaciones calificadas como indeseables hace 15 años.

Más especulativa es la tercera parte, en la cual se revisan y comentan cuestiones menos susceptibles de expresarse, por ahora, mediante cifras. Por último, se concluye aventurando un pronóstico para el futuro inmediato y expresando algunas propuestas que, mucho me temo, no servirán más que para cumplir con el viejo rito de concluir toda participación en reuniones de esta naturaleza con algo así como una opinión o un punto de vista, cosa que pocos pueden hacer sin resultar demasiado solemnes.

Dicho lo anterior, puedo entrar en materia con la tranquilidad que me da el haberles hecho todas las advertencias que podrían necesitar incluso quienes aún no han decidido irse a tomar un café.

* Ponencia presentada en el Tercer Encuentro Nacional de Orientación Educativa; México D.F., 3-5 de julio de 1985.

** Director General de Educación Superior, Subsecretaría de Educación Superior e Investigación Científica; SEP.

1. La Problemática Definición de los Problemas

En el dinámico comportamiento del subsistema de educación superior mexicano ocurren infinidad de cosas que son fomentadas y defendidas por unos, al mismo tiempo que otros intentan cambiar o eliminar eso mismo. En realidad, pocas veces nos ponemos de acuerdo en lo que ha de ser considerado como un problema de la educación superior. Y las diferencias se dan no sólo entre los individuos, lo cual es inevitable y casi natural, sino entre las instituciones y los organismos que tienen entre sus propósitos evitar o resolver precisamente los problemas en cuya definición y calificación difieren. Así las cosas, nada es más propicio a los deslices de la conjetura que la calificación de algún hecho como problema. Algunos ejemplos remarcan lo dicho: ante el volumen actual de estudiantes en el ciclo de licenciatura hay quienes afirman que el país está muy lejos de haber alcanzado las metas de justicia social que debiera y, también, hay quienes afirman que se ha caído en un exceso populista que conduce a la proletarización de los profesionales universitarios.

Otro ejemplo sería el relativo a la impartición del bachillerato o algún equivalente en las instituciones de educación superior. Para unos tal función es incongruente con la formación de profesionales de alta calidad y con la generación de conocimientos y tecnologías, mientras hay quienes pedirían la hoguera para el rector que osara mutilar a su universidad separándole sus preparatorias. Y la misma división de opiniones o la misma defensa de intereses se daría si habláramos de eliminar el pase automático; de aumentar las colegiaturas; de reglamentar la autonomía universitaria; de implantar un tabulador nacional de salarios; de sustituir a las juntas de gobierno; de evaluar los efectos de los sindicatos; de revisar las relaciones entre las instituciones de educación superior y los gobiernos estatales o el Federal; de reglamentar el financiamiento; de impulsar a la educación privada; de frenar la centralización y fomentar la regionalización; de formalizar la planeación, y de veintenas de etcéteras que podrían enunciarse. Por ello es obvio que ningún plan, programa o proyecto tendrá el apoyo de todos; sin embargo, por ello mismo siempre habrá quien apoye cualquier ocurrencia. También puede concluirse que todo programa, con independencia de las metas que alcance, podrá interpretarse como un éxito o como un fracaso.

Con un poco de cinismo, las perogrulladas apenas anotadas podrían constituir un magnífico pretexto para terminar esta intervención ya que, podría argumentarse, no tiene caso hablar de lo que no va a resolverse o de lo que precisamente por resolverse en un sentido crea de inmediato otro problema. Pero como ustedes, que decidieron no irse a tomar café, se ofenderían si llego a tal cinismo, debo decir, entonces, que no es permisible ni propio de gente responsable zafarse tan grotescamente de la trascendente tarea de exponer los problemas que vive la educación superior en México, así como de asumir un compromiso que ayude a solucionarlos.

Tal vez tanto rodeo sirva para dejar claro que lo que a continuación se anota no es más que una percepción parcial de ciertos fenómenos que se dan en nuestro medio y que cualquier calificativo, énfasis o valoración que se ponga en juego es resultado de un sesgo tan inevitable en éste como en casi cualquier otro enfoque de esos asuntos. Asimismo, espero haber justificado, así sea implícitamente, mi participación en tareas, como las de este encuentro, que intentan resolver problemas sin inhibirse porque no todos comparten el mismo punto de vista.

II. Los Problemas del Crecimiento

Si se quisiera llegar al extremo de la síntesis, podría decirse que los principales problemas de la educación superior mexicana tienen su origen y manifestación en el crecimiento de algo. Así, se tienen problemas porque la población crece y porque además los pobladores crecen; porque las necesidades crecen cuando no queremos y porque la producción de bienes y servicios no crece como debiera; porque los conflictos se multiplican y los encargados de resolverlos se dividen. En fin, todos los problemas de la educación superior podrían ser explicados en función de las anomalías pasadas y presentes de su crecimiento.

Si revisamos algunas cifras veremos más claramente esos problemas. Respecto a la matrícula total en licenciatura tenemos la siguiente ampliación: en 1970 había 211 826 alumnos; en 1979 se pasó a 698 139, lo que significó un inconcebible crecimiento relativo del 229 % en una década. En el ciclo escolar 1983-1984 se llegó a 939 513, lo que significa un crecimiento, más moderado, del 34 % durante el último quinquenio.

Lo anterior se precisa al ver el comportamiento de las cifras correspondientes a la población de primer ingreso a licenciatura:

- 1970 = 69 882 alumnos.
- 1980 = 182 367 alumnos, lo que significó un incremento del 161 % respecto del primer ingreso diez años antes. Además este primer ingreso constituyó el 26 % de la población total de ese año en la licenciatura.
- 1984 = 225 134 alumnos, equivalentes a un crecimiento del 23 % respecto del primer ingreso de hace 5 años. Respecto de la población total de este año, el primer ingreso representó el 24 %.

En cuanto a la matrícula total, es claro que la explosiva situación de la década pasada pudo controlarse, en buena medida, durante los primeros cinco años de ésta; sin embargo, no sería del todo acertado suponer que será fácil seguir esa tendencia. La educación primaria y secundaria también creció explosivamente durante la década pasada y es a partir del ciclo 1985-1986 cuando este crecimiento repercute con más fuerza en la demanda de educación superior. Al respecto, la ANUIES realizó recientemente un estudio¹ y algunas proyecciones que permiten hacer previsiones sobre lo que podría ser el primer ingreso y la matrícula total de licenciatura hacia el final de esta década. Las previsiones se hicieron a partir de diferentes supuestos respecto a la tasa de transición de la educación media superior (propedéutica) a la licenciatura.

El más moderado de los escenarios, es decir, el que supone una absorción del 80 % en promedio de los egresados del bachillerato implicaría el siguiente crecimiento:

Concepto	1991	1984	%
Primer ingreso	225 137	491 309	118
Matrícula total	939 513	1 884 159	100.5

Por otra parte, la Secretaría de Educación Pública² prevé que para el periodo 1984/85 a 1988/89 el primer ingreso a licenciatura en el país pasará de 264 364 alumnos a 312 850 con base en tasas de absorción que van de 78.1 % a 62.9 %. Además, la SEP hace otra proyección con base en las metas programáticas y en ella el primer ingreso pasará de 264 364 a 387 054, a partir de una absorción del 80 % en promedio.

En cualquiera de los casos es muy probable que la población total en la educación superior se duplique al final de esta década. Si se tiene en cuenta que la máxima presión demográfica sobre las instituciones de educación superior se dará en años de gran debilidad económica en el país y de evidente incertidumbre respecto al gasto público, puede preverse que el sostenimiento de esas metas programáticas (acordes al crecimiento del sistema educativo nacional) demandarán un esfuerzo económico que tal vez rebase los marcos viables del gasto público. Estudiar las posibles opciones de solución al respecto sería prolijo, todavía muy incierto y sale de nuestro propósito ahora; sin embargo, puede apuntarse que no será posible mantener los mismos esquemas empleados en los últimos quince años. Ni en los patrones de admisión, ni en las fórmulas de financiamiento.

Respecto al crecimiento general de la matrícula y su relación con el financiamiento vale la pena tener en cuenta los siguientes datos (con las reservas habituales a que nos obliga este tipo de información): en 1970, 34 universidades públicas (aún no existía la UAM), ejercieron un total de 1 073 millones de pesos. En 1980 esas mismas universidades- incluida la UAM-gastaron 26,734 millones de pesos. En 1984 ese gasto pasó a 141,076 millones (sin incluir a la Universidad Autónoma de Guerrero por no disponer de su información). Los detalles respecto a la procedencia de esos recursos financieros se ven en la tabla 1.

¹ANUIES, Coordinación de Programas Académicos: Modelos opcionales para el desarrollo de las instituciones de educación superior. 1984 (mimeografiado).

²SEP, Subsecretaría de Planeación Educativa: Estudio preliminar sobre la tendencia de la demanda potencial de educación media superior y superior. 1984 (mimeografiado).

TABLA 1
UNIVERSIDADES PUBLICAS
INGRESOS POR FUENTES DE FINANCIAMIENTO 1970-1984
(Miles de pesos)

Concepto	1970(1)	1980	1984(2)
Subsidio federal	668,747	20.386,984	108.573,421
Subsidio estatal	250,032	4.073,867	23.563,702
Ingresos propios	154,251	2.273,958	8.939,563
Total	1.073,030	26.734,809	141.076,686

1. No existía la UAM.
2. No incluye la Universidad Autónoma de Guerrero.

FUENTE: Dirección de Estadística. ANUIES. (Con base en datos del Segundo Informe de Gobierno del Presidente Miguel de la Madrid y datos proporcionados por las universidades).

Sin embargo, esos datos poco nos dicen si no tenemos en cuenta, por ejemplo, el comportamiento de los precios en el periodo 1970-1984. Así, esas mismas cantidades, a precios de 1970, indican la siguiente inversión en la educación superior y media superior impartida por las universidades públicas.

TABLA 2
UNIVERSIDADES PUBLICAS
INGRESOS POR FUENTES DE FINANCIAMIENTO 1970-1984
(Miles de pesos a precios de 1970)

Concepto	1970 (1)	1980	1984 (2)
Subsidio federal	668,747	4.013,186	3.267,233
Subsidio estatal	250,031	801,942	709,088
Ingresos propios	154,251	447,629	269,013
Total	1.073,030	5.262,758	4.245,334

1. No existía la UAM.
2. No incluye la Universidad Autónoma de Guerrero.

FUENTE: Dirección de Estadística. ANUIES. (Con base en índices del Banco de México.)

Resulta claro que el financiamiento en la década de los ochenta no sigue el camino que tuvo la anterior. Y el contraste puede hacerse más evidente si comparamos la matrícula y el financiamiento en esas 34 universidades, entre 1970 y 1984:

- 1970: 277,627 alumnos (incluye preparatoria) , 1 073 030 000 pesos
- 1980: 927,475 alumnos (incluye preparatoria), 5 262 758 000 pesos de 1970.
- 1984: 1.184,218 alumnos (incluye preparatoria), 4 245 334 000 pesos de 1970.

El gasto dividido entre los alumnos daría:

- 1970 = 3,865 pesos por alumno al año.
- 1980 = 5,384 pesos de 1970 por alumno al año.
- 1984 = 3,585 pesos de 1970 por alumno al año.

En síntesis: en los últimos cinco años la matrícula total de estas 34 universidades creció en 21% y su financiamiento real disminuyó en 19%, es decir, se ha hecho más con menos. Y aquí cabe preguntar si ese crecimiento significó también algún mejoramiento.

Pero los problemas del crecimiento tienen además otros enfoques tan importantes como los vistos hasta aquí. Por ejemplo, en las cifras siguientes puede verse que persisten tendencias indeseables que no han sido suficientemente controladas por el sistema de educación superior. La matrícula total se distribuyó entre las diferentes áreas del conocimiento y las carreras de la siguiente manera:

Año	Agropecuarias	Naturales y exactas	Salud	Educación y humanidades	Sociales y administr.	Ingeniería y tecnología
1970	3.5	4.4	16.7	3.0	40.1	32.3
1979	8.0	3.0	21.6	2.5	37.0	27.9
1984	9.5	3.0	14.4	3.0	42.7	27.4

El primer ingreso del año 1983/84 es un buen punto de referencia para ver las posibles tendencias actuales:

-Agropecuarias	8.6 %	(- 0.9)
-Naturales y exactas	3.0 %	(0)
-Salud	12.1 %	(-2.3)
-Educación y humanidades	3.2 %	(+ 0.2)
-Sociales y administrativas	45.0 %	(+ 2.3)
-Ingeniería y tecnología	28.1 %	(+ 0.7)

En cuanto a las carreras más pobladas tenemos lo siguiente:

Concepto	1970	1980	1984
Contaduría pública	29,751 (1)	44,002 (3)	75,867 (2)
Medicina	29,391 (2)	90,701 (1)	72,478 (3)
Derecho	22,605 (3)	60,623 (2)	81,181 (1)
L. Adm. Empresas	11,381 (4)	41,220 (4)	62,118 (4)
Ing. Civil	11,225 (5)	31,736 (6)	41,044 (6)
Ing. Química	10,409 (6)	14,176 (14)	16,954 (14)
Arquitectura	9,415 (7)	29,405 (7)	36,472 (7)
Ing. Mec. Eléct.	7,625 (8)	18,296 (12)	18,269 (13)
Economía	7,128 (9)	19,535 (11)	19,515 (12)
Ing. Industrial	5,622 (10)	22,079 (9)	28,566 (9)

Aquí puede verse que cuatro carreras (contaduría pública, medicina, derecho y administración) han estado ocupando los cuatro primeros lugares en los últimos quince años; que medicina apunta a un franco descenso (lo cual fue programado y realizado con efectividad) y que derecho, en forma por demás desconcertante, ha repuntado hasta llegar a ser nuevamente la carrera con la matrícula más alta. La pareja formada por contaduría y por administración incrementó aún más su hegemonía en la composición de la matrícula. Mayor apego a la tradición no podría pedirse.

En las seis carreras restantes llaman la atención la ingeniería química y la ingeniería mecánica-eléctrica que en 1970 ocupaban el 6° y 8° lugar respectivamente, que en 1980 descendieron a los lugares 14 y 12, y todavía descendieron más en 1984. Algo semejante ocurre con la carrera de economía, aunque de manera acentuada. En oposición, tenemos que en 1980 y 1984 se colocan entre las primeras diez profesiones las de odontología (5° en 1980 y 8° en 1984), ingeniería agronómica (8° en 1980 y 5° en 1984) y psicología (que en 1984 pasó al 100 lugar).

En el estudio de la ANUIES antes mencionado también se hacen proyecciones respecto al crecimiento de la matrícula por carrera y aparecen las siguientes como las de probable mayor crecimiento según su tendencia reciente:

- Ciencias de la comunicación: que podría llegar a una matrícula 3.5 veces mayor en 1990-1991.
- Ingenierías en electrónica, en computación y en sistemas: que apuntan hacia una triplicación.
- Contaduría y administración: que podrían tener una matrícula todavía 1.5 veces mayor.
- Derecho y agronomía: que casi duplicarían su población.

En sentido inverso, es decir, con tendencia a disminuir, se encuentran las carreras de física, matemáticas, farmacobiología, actuaría, metalurgia, ingeniería y antropología.

Esta numerología, aparentemente reveladora de los problemas y las características de nuestro sistema de educación superior más relacionadas con las tareas de los orientadores, puede ser interpretada desde diferentes enfoques y conforme a distintas circunstancias. Por ello, antes de afirmar que tal o cual hecho es algo que debe cambiarse, habría de conocerse el paradigma de la educación superior que ha de servir como marco de referencia y punto de comparación. Ello nos lleva a un problema esencial de nuestro sistema educativo: todavía no hay acuerdos suficientemente explícitos y difundidos respecto a los objetivos, lineamientos y políticas que han de regular la educación superior mexicana en el futuro inmediato. Este acuerdo de carácter nacional e integral ha de tener como premisa fundamental, dada la situación financiera, el propósito de consolidar y mejorar lo que se tiene antes de seguir creciendo.

III. Otros Problemas Aún Más Importantes

En el apartado anterior se presentaron, de manera muy general, problemas relacionados con el crecimiento y las distorsiones de la matrícula en la educación superior; sin embargo, ésta es sólo la cola del tigre. Quienes conocen las instituciones de educación superior saben lo que hay detrás de esa batalla con la matrícula, con la demanda de los jóvenes que ven en la universidad lo mismo una oportunidad, a veces real a veces mítica, de superación social que un disfraz a la condición de desempleados. Esa batalla, que fue dura cuando hubo dinero y que ahora es desesperada, nos dice que nuestras universidades crecieron y lidiaron bien con la presión demográfica, pero pagaron el precio en otros frentes. Eso lo “sentimos” o lo inferimos todos aunque no haya cifras o evidencias tangibles. Por vivirlos directamente, los profesores, alumnos, investigadores, funcionarios y otros trabajadores saben que por esos resquicios se puede desvirtuar la universidad. Además, quienes ven a la universidad desde fuera también saben de los problemas no estadísticos de la educación superior. Veamos algunos:

1. Lo que se suponía imposible hace 20 años ha ocurrido: la educación superior dejó de ser garantía de ascenso social y, sobre todo, de prosperidad. El desempleo de los ilustrados es una situación que va en aumento de ciertas carreras. Ello a pesar del enorme crecimiento del gasto público y del Estado que es el principal empleador.

2. Las universidades y demás instituciones educativas destinan la mayor parte de sus recursos financieros (en algunos casos más del 80%) al pago de salarios, lo cual refleja la escasa atención financiera que pueden dar, por ejemplo, a la infraestructura necesaria para la investigación y la extensión. Pese a destinar tal proporción de su presupuesto a salarios, las universidades (salvo poquísimas excepciones) han dejado de ser atractivas frente a los sueldos ofrecidos en la administración pública o en las actividades del sector privado. Hay casos en que resulta inexplicable que la universidad pueda retener a sus profesores, la “polichamba”, incluso en el personal de “tiempo completo”, es una situación más frecuente de lo que podrían aceptar las autoridades universitarias.
3. Las brechas en los salarios se dan también entre las propias instituciones de educación superior. Entre la capital de la República y las ciudades de los estados y, a su vez, entre la universidad pública, las privadas y el instituta tecnológico de una misma ciudad existen diferencias significativas en los sueldos. En tales circunstancias se dan no sólo la falta de motivación y la desertión, sino la franca piratería, sea por la vía del ausentismo, de la simulación o cualquier otra modalidad.
4. Si a lo anterior se agregan los excesos “proteccionistas” de los sindicatos, la insuficiencia de los marcos normativos de varias instituciones educativas y el enorme desgaste físico y emocional a que están sujetos, por razones políticas y administrativas, los rectores y demás autoridades de las universidades podremos explicarnos, al menos en parte, la aparente manga ancha e indiferencia ante el incumplimiento del personal académico y administrativo. Al respecto preocupa encontrarnos con personas que consideran impropio, dadas las condiciones laborales, exigir a los profesores, investigadores y demás trabajadores el cumplimiento pleno y eficaz de sus funciones.
5. La situación anterior, vista desde el ángulo de los trabajadores, ocasiona en la mayoría de ellos diferentes grados de insatisfacción, culpa y rebeldía. En otros, pareciera que la apatía y el cinismo estuvieran plenamente justificados. De cualquier manera, la productividad y la calidad, si se midieran y evaluaran, resultarían bajas. Después de todo, salvo uno que otro caso de genialidad mozartiana, la pobreza y la lucha contra el tiempo y la escasez siempre conspiran contra la creatividad y el rendimiento académico. Y lo más grave es que paulatinamente hemos ido aceptando esto como una situación natural.
6. Lo anterior, y muchos otros problemas de la educación superior, son conocidos o al menos intuitos por los jóvenes estudiantes. Pese a ello, insisten en su afán de ocupar una plaza en la universidad. Y uno no sabe dónde terminan el candor y la ingenuidad y dónde empieza la desesperación. Tampoco sabemos cuántos van tras la quimera y cuántos son conscientes de que están aferrándose a un clavo ardiendo pero que es, tal vez, el único sostén que tienen. Este es, también, un gran problema de la educación superior que tiene que ver con la orientación.

Pienso que para una intervención de media hora son suficientes los problemas presentados y mucho el pesimismo que se ha removido. También pienso que nada nuevo se ha dicho y que en el mejor de los casos se habrá refrescado la memoria de algunos de ustedes o subrayado la gravedad de ciertas situaciones. Por desgracia no conozco soluciones seguras, ni mucho menos fáciles; aunque intuyo que las soluciones así no existen y que eso no debe paralizarnos. Así las cosas, y para cumplir con la amenaza hecha al principio, apunto algunas proposiciones en las que hay algo de pronóstico y algo de buenos deseos:

1. Para mejorar la relación entre los recursos disponibles y la magnitud de la población en las instituciones de educación superior, la opción más viable es disminuir paulatinamente el crecimiento de la matrícula. La posibilidad de incrementar los recursos es poco probable por la vía de los recursos públicos. En cuanto a las aportaciones privadas, incluyendo el aumento de las cuotas estudiantiles, puede preverse que serán poco significativas a menos que se modifiquen sustancialmente ciertas políticas de la educación superior. La opción de seguir creciendo y mejorar al mismo tiempo me parece una utopía, sobre todo si además debe hacerse con menos dinero.

2. En la opción de reducir el crecimiento jugaría un papel decisivo la desviación del flujo de la presión social hacia las carreras postsecundaria. Para ello habría que sustituir progresivamente las preparatorias y los planteles equivalentes con escuelas de carácter terminal. En este contexto se ve incongruente que las universidades sigan impartiendo el bachillerato y, mucho más, que insistan en prácticas como las del pase automático.
3. Para mejorar la situación financiera de la investigación en las instituciones de educación superior no parece haber mejor opción que la de incrementar la proporción del autosostenimiento. Si efectivamente son capaces de crear el conocimiento y la tecnología necesarios, los investigadores encontrarán usuarios que paguen por sus productos y servicios. En cuanto a los ajustes que podrían hacerse internamente en las instituciones de educación superior, los institutos y centros de investigación podrían presionar (o cruzar los dedos) para que les destinen buena parte de lo que se gasta en actividades deportivas, sociales y recreativas. Asimismo, podrían liberarse más recursos para las funciones sustantivas si se gastara menos en lo superfluo. Y estoy seguro de que todos sabemos, porque participamos de él, de algún gasto superfluo que podría eliminarse en nuestra institución o dependencia.
4. Para modificar la distribución de la matrícula en la licenciatura hay que orientar, como ha venido haciéndose, a los estudiantes de bachillerato, pero al mismo tiempo hay que fijar números clausus al ingreso por carrera. Confiar en el poder de convicción de los orientadores y al mismo tiempo mantener indefinidamente grandes las escuelas que ya son grandes es un error que se viene cometiendo hace mucho tiempo.
5. Por último, y aunque parezca una simpleza, habrá que hacer evidente la diferencia entre hacer bien y hacer mal las cosas. Habrá que sancionar a los incumplidos y estimular a quienes producen y rinden. Y esto es válido para los profesores y para los estudiantes. Si cobran igual el que trabaja y el que simula (cualquiera que sea el eufemismo para explicar esto) y si lo mismo aprueba o ingresa a la universidad el que realmente sabe y el meramente afortunado, difícilmente podremos fincar la superación de la educación superior en el esfuerzo de sus protagonistas. La vieja fórmula: buscar la mejor calidad y la mayor responsabilidad de cada quien en su pequeño quehacer seguirá siendo la mejor solución. Si esto falla, cualquier otro recurso tecnológico, financiero, político, será irrelevante. Formar jóvenes que vean esa fórmula como algo legítimo y vigente, y no como una actitud obsoleta y estúpida es todavía el principal objetivo de los educadores, entre ellos los orientadores.